

Marta Sanz evoca en 'Daniela Astor y la caja negra' los deseos y las contradicciones de las mujeres españolas en la transición

La niña que llevaba un adulto incorporado

NÚRIA ESCUR
Barcelona

Daniela es una extraña combinación de sometimiento y autoestima. O eso dice su creadora. Nacida en Madrid en 1967, Marta Sanz es coleccionista de categorías: Ojo Crítico de Narrativa (*Los mejores tiempos*); premio Vargas Llosa de relatos; finalista del premio Nadal en el 2006 (*Susana y los viejos*); semifinlista del Premio Herralde 2009... En *Lección de anatomía* regaló un buen ejercicio biográfico y en *Black, black, black* las peripecias de un detective homosexual, Arturo Zarco, que recuperaría en *Un buen detective no se casa jamás*.

Doctora en Literatura Contemporánea, su tesis versó sobre *La poesía española durante la transición* (1975-1986), década que recupera con *Daniela Astor y la caja negra* (Anagrama), su última novela. Repaso de los años del destape en España aprovechando el álter ego (Daniela) de la protagonista (Catalina).

"Las mujeres nos hemos ido construyendo sobre los retazos de una cultura que se generó desde la mirada masculina", explica Marta Sanz, que reconoce su voluntad de análisis feminista "desde la convicción de que todavía usamos el lenguaje del opresor, aún lo necesitamos porque no hemos logrado alcanzar aquel lenguaje del gineceo del que hablaba Laforet". Y añade: "No creo en la esencia de lo femenino, creo en la reivindicación del feminista, sea hombre o mujer. La que no excluye a las mujeres que libremente deciden no tener hijos, por ejemplo".

La fascinación de unas adolescentes de doce años por la aparente libertad que desde la pantalla les trasladaban mujeres como Amparo Muñoz, María José Cantudo o Susana Estrada, dibuja la trastienda de una época, con trampas incluídas. El aborto clandestino, por ejemplo. "El retroceso que quiere

hacerse, en este país, respecto al derecho al aborto, me parece paralizante, indigno, sangrante", explica Sanz.

Catalina y Angélica dejan aparte sus juegos infantiles en *la leonera* de su casa para travestirse en Daniela Astor y Gloria Adriano, mujeres de rompe y rasga "que nada se parecían a nuestras madres". ¿Qué preguntas se hacían entonces aquellas jóvenes en plena metamorfosis? "Me pareció importante que la familia donde se dieran esas contradicciones de género fuera progresista, no conservadora".

Marta Sanz es la niña fotografiada en la portada del libro. "Tendría unos

Para concluir la novela en un año, y con el análisis social que requería, la autora ha visionado decenas de películas de la época del destape. "Repasas los mitos eróticos de la época y te preguntas qué fue de ellos, por qué nos fascinaban si hoy nos parecen obsoletos, por qué muchos acabaron como juguetes rotos. Y luego ves un día *Sálvame* y piensas que, cada vez más... el género rosa ya es género negro".

Sugiere la autora que las mujeres no den por terminada su lucha porque "basta con que miren las diferencias salariales y esa trampa que nos proponen de los retoques estéticos que aca-



KIM MANRESA

"Las exigencias de la estética acabarán por convertirnos en mujeres patchwork", dice Sanz

"No hemos logrado alcanzar aquel lenguaje del gineceo del que hablaba Laforet"

cinco o seis años y me pareció una buena metáfora recuperar esa mezcla de violencia y ternura, provocación y pudor, que es una constante en la novela". El libro, que propone ingeniosas cajas negras con enigmas, es un relato de la transición desde la mentalidad de unas niñas que llevan dentro un adulto incorporado.

bará convirtiéndonos en mujeres patchwork". Durante años, defiende, se ha insistido en ofrecer una visión de la transición demasiado amable y apologética, "olvidando las luchas y las cuentas pendientes". Pero no quiere mirada nostálgica, sólo instrumental.

Una mirada donde se dedica especial atención a las relaciones madre-hija que, para Sanz, en la mayoría de los casos concluyen en una historia de epifanía. "Igual que un hombre un día mata al padre, llega un momento en que una cree que su madre es lo peor. Pasan los años y te reconoces en sus manías, en sus frases... es la máxima expresión del paso de la incomprensión a la ternura".●